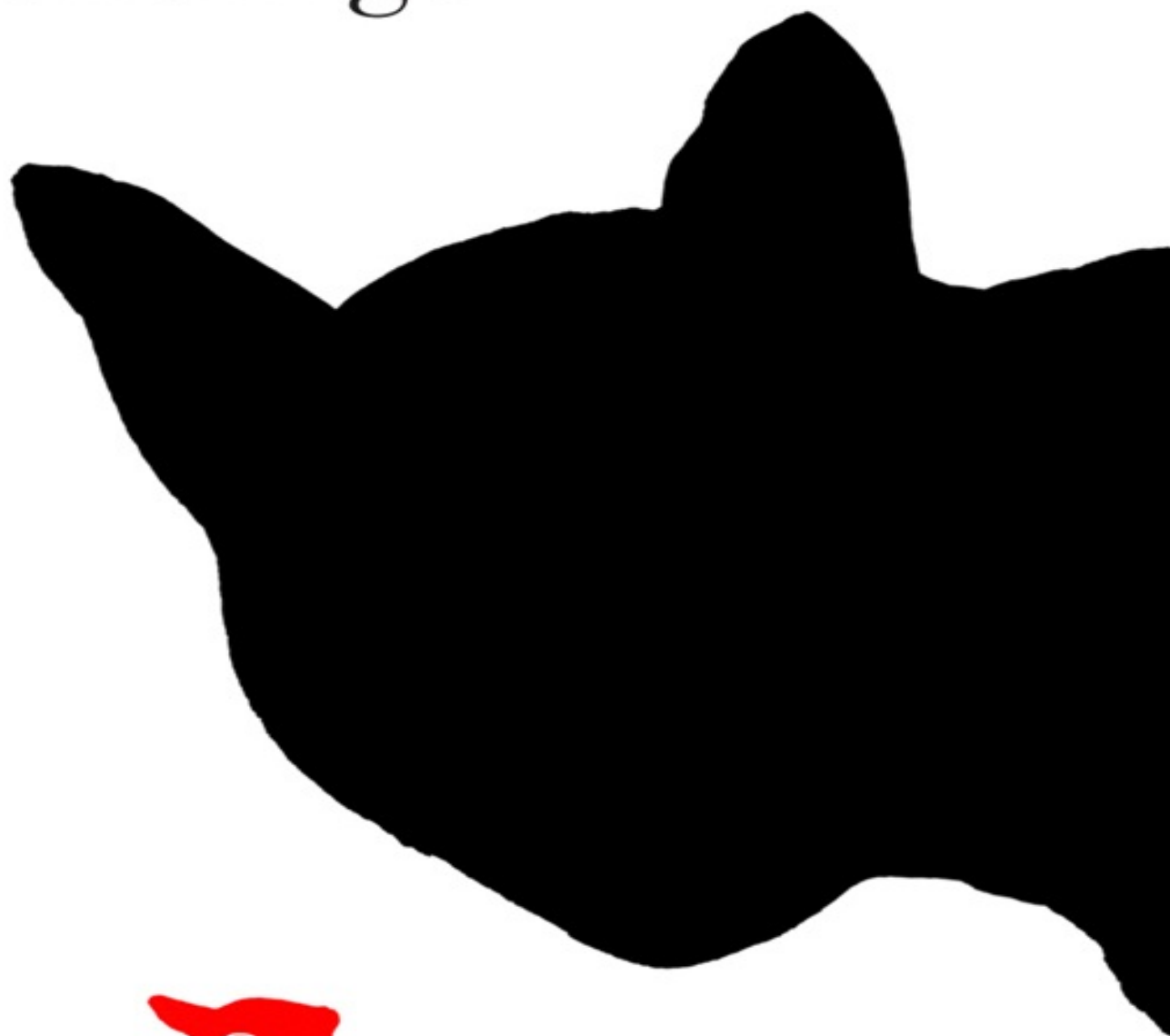


Umberto Eco

Construir
al enemigo



Lumen

Construir al enemigo y otros escritos

Umberto Eco

Traducción de
Helena Lozano Miralles

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com

El verdadero título de esta recopilación debería haber sido «Escritos ocasionales». Solo la justa preocupación del editor hacia un título tan modesto que podría no atraer la atención del lector, cuando el del primer ensayo presenta algún que otro motivo de curiosidad, nos ha llevado a la elección final.

Ahora bien, ¿qué virtudes tiene un escrito ocasional? Pues que, normalmente, el escritor no piensa tener que ocuparse ni remotamente de un determinado argumento, pero se ve empujado a hacerlo por la invitación a una serie de charlas o ensayos temáticos. El tema estimula al autor y lo invita a reflexionar sobre algo que de otro modo habría pasado por alto y, a menudo, un tema recibido por dictado exterior resulta más fecundo que uno nacido por alguna jerigonza interior.

Otra virtud del escrito ocasional es que no obliga a la originalidad a toda costa, sino que tiende, más bien, a divertir tanto a quien habla como a quienes escuchan. En definitiva, el escrito ocasional es un ejercicio retórico en barroco, como cuando Roxana le imponía a Christián (y a través de él a Cyrano) desafíos del tipo «Habládme del amor».

Al final de cada texto (todos ellos de la última década), indico las fechas y las ocasiones, precisamente para subrayar su carácter ocasional, recuerdo que «Lo absoluto y lo relativo» y «El llamado es bella» se leyeron en el marco del festival «La Milanesiana», donde hay justamente un hilo conductor: si tener que hablar de lo absoluto en los años en que estaba estallando la polémica sobre el relativismo constituyó una interesante ocasión, la del fuego fue una hermosa prueba porque nunca me habría imaginado que me demoraría (en caliente) sobre ese argumento.

«Los embriones fuera del paraíso» corresponde a una ponencia presentada en Bolonia en un congreso sobre la ética de la investigación, que luego se incluyó en el libro recopilado por Francesco Galofaro, *Etica della ricerca medica e identità culturale europea* (Bolonia, CLUEB, 2009). «El Grupo 63, cuarenta años después» abrió un congreso, siempre boloñés, cuyo tema queda evidenciado en el título.

Las reflexiones sobre la poética del exceso en Hugo sintetizan tres diversas intervenciones escritas y orales, mientras que el *divertissement* sobre las astronomías imaginarias lo presenté impudicamente en dos versiones distintas y en dos congresos distintos, el uno de astrónomos y el otro de geógrafos.

«Tras tesoros» condensa varias intervenciones sobre el mismo argumento; «Delicias fermentadas» se pronunció en un congreso sobre Piero Camporesi.

«Velinas y silencio» se dictó casi sobre la marcha en el congreso de la Asociación Italiana de Semiótica de 2009.

Otros dos escritos son auténticos *divertissements* publicados en años distintos en el *Almanacco di*

Bibliofilo e inspirados por los temas de estos almanaques, es decir, «Divagaciones sentimentales sobre las lecturas de los años más tiernos» para «¡Yo soy Edmundo Dantès!» Y «Reseñas con retraso» para «Solo nos faltaba el *Ulises*». En el *Almanacco del Bibliofilo* de 2011 se publicó también «Por qué nunca se encuentra la isla», pero retoma una comunicación presentada en un congreso sobre las islas que se celebró en Carloforte en 2010.

«Reflexiones sobre WikiLeaks» es la reelaboración de dos artículos publicados uno en *Libération* (de diciembre de 2010) y el otro en *L'Espresso* (31 de diciembre de 2010). Por último, en cuanto al primer texto de la recopilación, «Construir al enemigo», se leyó en uno de los encuentros sobre los clásicos organizados en la Universidad de Bolonia por Ivano Dionigi. Ahora estas veinte páginas más se me antojan un poco avaras después de que Gian Antonio Stella desarrollara el tema en más de trescientas páginas en su *Negri, froci, giudei & co. L'eterna guerra contro l'altro* (Milán Rizzoli, 2009), pero qué le vamos a hacer; sentía relegarlas al olvido, visto que seguimos construyendo enemigos a diario.

Hace años, en Nueva York, me tocó un taxista cuyo nombre era difícil de descifrar y me aclaró que era paquistaní. Me preguntó de dónde era yo y le contesté que italiano. Me preguntó que cuántos éramos y se quedó asombrado de que fuéramos tan pocos y de que nuestra lengua no fuera el inglés.

Por último me preguntó cuáles eran nuestros enemigos. Ante mi «¿Perdone?», aclaró despacio que quería saber con qué pueblos estábamos en guerra desde hacía siglos por reivindicaciones territoriales, odios étnicos, violaciones permanentes de fronteras, etcétera, etcétera. Le dije que no estábamos en guerra con nadie. Con aire condescendiente me explicó que quería saber quiénes eran nuestros adversarios históricos, esos que primero ellos nos matan y luego los matamos nosotros o viceversa. Le repetí que no los tenemos, que la última guerra la hicimos hace más de medio siglo, entre otras cosas empezándola con un enemigo y acabándola con otro.

No estaba satisfecho. ¿Cómo es posible que haya un pueblo que no tiene enemigos? Nada me bajarme, dejándole dos dólares de propina para recompensarle por nuestro indolente pacifismo, se me ocurrió lo que debería haberle contestado, es decir, que no es verdad que los italianos no tienen enemigos. No tienen enemigos externos y, en todo caso, no logran ponerse de acuerdo jamás para decidir quiénes son, porque están siempre en guerra entre ellos: Pisa contra Lucca, güelfos contra gibelinos, nordistas contra sudistas, fascistas contra partisanos, mafia contra Estado, gobierno contra magistratura. Y es una pena que por aquel entonces todavía no se hubiera producido la caída de los dos gobiernos de Romano Prodi, porque le habría podido explicar mejor qué significa perder una guerra por culpa del fuego amigo.

Ahora bien, reflexionando sobre aquel episodio, me he convencido de que una de las desgracias de nuestro país, en los últimos sesenta años, ha sido precisamente no haber tenido verdaderos enemigos. La unidad de Italia se hizo gracias a la presencia de los austriacos o, como quería el poeta Giovanni Berchet, del *irto, increscioso alemanno* («el hispido y engorroso alemán»); Mussolini pudo gozar de consenso popular incitándonos a vengarnos de la victoria mutilada, de las humillaciones sufridas en Dogali y Adua, así como de las demoplutocracias judaicas que nos imponían sus inicuas sanciones. Véase qué le sucedió a Estados Unidos cuando desapareció el imperio del mal y se disolvió el gran enemigo soviético. Peligraba su identidad hasta que Bin Laden, acordándose de los beneficios recibidos cuando lo ayudaban contra la Unión Soviética, tendió hacia Estados Unidos su mano misericordiosa y le proporcionó a Bush la ocasión de crear nuevos enemigos reforzando el sentimiento de identidad nacional y su poder.

Tener un enemigo es importante no solo para definir nuestra identidad, sino también para

procurarnos un obstáculo con respecto al cual medir nuestro sistema de valores y mostrar, encararlo, nuestro valor. Por lo tanto, cuando el enemigo no existe, es preciso construirlo. Véase generosa flexibilidad con la que los *naziskins* de Verona elegían como enemigo a quienquiera que perteneciera a su grupo, con tal de reconocerse como tales. Pues bien, en esta ocasión no nos interesa tanto el fenómeno casi natural de identificar a un enemigo que nos amenaza como el proceso de producción y demonización del enemigo.

En las *Catilinarias* (II, 1-10), Cicerón no debería haber sentido la necesidad de bosquejar una imagen del enemigo, porque tenía las pruebas de la conjura de Catilina. Pero lo construye cuando, en la segunda oración, les presenta a los senadores la imagen de los amigos de Catilina, reverberando sobre él el halo de perversidad moral sobre el principal acusado:

Paréceme estarles viendo en sus orgías recostados lánguidamente, abrazando mujeres impúdicas, debilitados por embriaguez, hartos de manjares, coronados de guirnaldas, inundados de perfumes, enervados por los placeres, eructando amenazas de matar a los buenos y de incendiar a Roma. [...] Les reconoceréis en lo bien peinados, elegantes, unos sin barba y otros con la barba muy cuidada; con túnicas talares y con mangas, en que gastan togas tan finas como velos. [...] Estos mozalbetes tan pulidos y delicados no solo saben enamorar y ser amados, cantar y bailar, sino también clavar un puñal y verter un veneno.¹

El moralismo de Cicerón, al final, será el mismo de Agustín, que estigmatizará a los paganos por su diferencia de los cristianos, frecuentan circos, teatros, anfiteatros y celebran fiestas orgiásticas.

Los enemigos son distintos de nosotros y siguen costumbres que no son las nuestras.

Uno diferente por excelencia es el extranjero. Ya en los bajorrelieves romanos los bárbaros aparecen barbudos y chatos, y el mismo apelativo de bárbaros, como es sabido, hace alusión a un defecto de lenguaje y, por lo tanto, de pensamiento.

Ahora bien, desde el principio se construyen como enemigos no tanto a los que son diferentes y que nos amenazan directamente (como sería el caso de los bárbaros), sino a aquellos que alguien tiene interés en representar como amenazadores aunque no nos amenacen directamente, de modo que lo que ponga de relieve su diversidad no sea su carácter de amenaza, sino que sea su diversidad misma la que se convierta en señal de amenaza.

Véase lo que dice Tácito de los judíos: «Consideran profano todo lo que nosotros tenemos por sagrado, y todo lo que nosotros aborrecemos por impuro es para ellos lícito» (y me viene a la cabeza el repudio anglosajón por los comedores de ranas franceses o el repudio alemán por los italianos que abusan del ajo). Los judíos son «raros» porque se abstienen de comer carne de cerdo, no ponen levadura en el pan, se entregan al ocio el séptimo día, se casan solo entre ellos, se circuncidan (fíjense) no porque se trate de una norma higiénica o religiosa sino «para marcar su diversidad» entierran a los muertos y no veneran a nuestros Césares. Una vez demostrado lo distintas que son algunas costumbres auténticas (circuncisión, descanso del sábado), se puede subrayar aún más

diversidad introduciendo en el retrato costumbres legendarias (consagran la efigie de un asno que desprecia a padres, hijos, hermanos, patria y dioses).

Plinio no encuentra cargos significativos contra los cristianos, puesto que ha de admitir que no dedican a cometer delitos sino solo a llevar a cabo acciones virtuosas. Aun así, los condena a muerte porque no sacrifican al emperador y esa obstinación en rechazar algo tan obvio y natural establece una nueva diversidad.

Una nueva forma de enemigo será, más tarde, con el desarrollo de los contactos entre los pueblos, no solo el que está fuera y exhibe su extrañeza desde lejos, sino el que está dentro, entre nosotros. Hoy lo llamaríamos el inmigrado extracomunitario, que, de alguna manera, actúa de forma distinta o habla con una mala nuestra lengua, y que en la sátira de Juvenal es el *graeculo* listo y timador, descarado, libidinoso y capaz de tender sobre el lecho a la abuela de un amigo.

Extranjero entre todos, y distinto por su color, es el negro. En la entrada «Negro» de la *Enciclopedia Británica*, primera edición norteamericana de 1798, se leía:

En el color de la piel de los negros encontramos diferentes matices; pero todos se diferencian de la misma manera de los demás hombres en los rasgos de su rostro. Mejillas redondas, pómulos altos, una frente ligeramente elevada, nariz con una ancha y roma, labios gruesos, orejas pequeñas, fealdad e irregularidad de forma caracterizan su aspecto exterior. Las mujeres negras tienen caderas muy caídas, y glúteos sumamente rollizos, que les otorgan la forma de una silla de montar. Los vicios más conocidos parecen ser el destino de esta infeliz raza: se dice que el ocio, traición, venganza, crueldad, desvergüenza, robo, mentira, lenguaje obsceno, desenfreno, mezquindad e intemperancia han extinguido los principios de la ley natural y ha acallado las reprimendas de la conciencia. Son ajenos a todo sentimiento de compasión y constituyen un terrible ejemplo de corrupción del hombre cuando queda abandonado a sí mismo.

El negro es feo. El enemigo debe ser feo porque se identifica lo bello con lo bueno (*kalokagathia*), una de las características fundamentales de la belleza ha sido siempre lo que la Edad Media denominará *integritas* (es decir, tener todo lo que se requiere para ser un representante medio de una especie, por lo cual, entre los humanos, serán feos los que carecen de un miembro, de un ojo, tienen una estatura inferior a la media o un color «deshumano»). Ahí tenemos, entonces, desde el gigante Polifemo hasta el enano Mime, el modelo de identificación del enemigo. Prisco de Panio en el siglo V d. C. describe a Atila bajo de estatura, con un tórax ancho y una cabeza grande, los ojos pequeños, la barba fina y encanecida, la nariz aplastada y (rasgo fundamental) la tez oscura. Pero es curioso cómo se parece el rostro de Atila a la fisonomía del diablo tal como lo verá más de cinco siglos después Rodolfus Glaber: estatura modesta, cuello fino, rostro demacrado, ojos muy negros, frente surcada de arrugas, nariz achatada, boca sobresaliente, labios turgentes, barbilla estrecha y afilada, barba caprina, orejas híspidas y puntiagudas, cabello erizado y desgredado, dentadura canina, cráneo alargado, pecho prominente, espalda gibosa (*Crónicas*, V, 2).

En el encuentro con una civilización todavía desconocida, carecen de *integritas* los bizantinos vistos por Liutprando de Cremona, enviado en el año 968 por el emperador Otón I a Bizancio (*Relatos*).

Nicéforo es un ser monstruoso, un pigmeo con una cabeza enorme, que parece un topo por la pequeñez de sus ojos, afea por una barba corta, larga, espesa y entrecana, con el cuello de un dedo de largo; un etíope por su color, con quien querías tropezarte por la noche, vientre obeso, enjuto de nalgas, muslos demasiado largos para su corta estatura, piernas cortas, pies planos y una ropa de pueblerino gastada, hedionda y desteñida de tanto ponérsela.

Hediondo. El enemigo siempre huele mal, y un tal Berillon, al principio de la Primera Guerra Mundial (1915), escribía un *La polychrésie de la race allemande*, donde demostraba que el alemán medio produce más materia fecal que el francés, y con un olor más desagradable. Si el bizantino olía mal, el mal olía el sarraceno en el *Evagatorium in Terrae sanctae, Arabiae et Egypti peregrinationem* de Felice Fabri (siglo XV):

Los sarracenos emiten un terrible hedor, por lo que se dedican a continuas abluciones de todo tipo; y como nosotros olemos mal, a ellos no les importa que nos bañemos con ellos. Claro que son igual de indulgentes con los hebreos, que apestan aún más [...]. De este modo, los sarracenos están contentos de hallarse en compañía de quienes como nosotros hedemos.

Olían mal los austriacos de Giuseppe Giusti, en su famoso poema que inicia con «Vostra eccellenza che mi sta in cagnesco / per que' pochi scherzucci di dozzina?»):

Entro, e ti trovo un pieno di soldati,
di que' soldati settentrionali,
come sarebbe Boemi e Croati,
messi qui nella vigna a far da pali.
[...]
Mi tenni indietro, ché, piovuto in mezzo
di quella maramaglia, io non lo nego
d'aver provato un senso di ribrezzo
che lei non prova in grazia dell'impiego.
Sentiva un'afa, un alito di lezzo;
scusi, Eccellenza, mi parean di sego,
in quella bella casa del Signore,
fin le candele dell'altar maggiore.²

No puede no apestar el gitano, visto que se alimenta de carroñas, tal como nos enseña Cesare Lombroso (*L'uomo delinquente*, 1876, 1, II) y apesta en *Desde Rusia con amor* la enemiga de James Bond, Rosa Klebb, no solo rusa y soviética, sino por añadidura lesbiana:

En el exterior de la puerta anónima pintada de color crema, Tatiana ya percibió el olor de la habitación que había detrás. Cuando la voz le dijo ásperamente que entrara y ella abrió la puerta, fue el olor lo que llenó su mente mientras se detenía en la entrada y miraba fijamente los ojos de la mujer que se encontraba sentada detrás de una mesa redonda, bajo la luz central. E

el olor del metro en los atardeceres calurosos: perfume barato que ocultaba olores animales. La gente de Rusia se empapaba en perfume, tanto si se había bañado como si no, pero sobre todo cuando no lo había hecho, y las muchachas sanas y limpias como Tatiana volvían siempre andando de la oficina a casa, a menos que lloviera o nevara mucho, para evitar el hedor de los trenes y el metro. [...]

Tatiana continuaba aún repasando alegremente la situación, cuando se abrió la puerta del dormitorio y «esa mujer, Klebb» apareció en la misma. [...] La coronel Klebb de SMERSH llevaba puesto un camisón semitransparente hecho de *crépe chine* color naranja. [...] Una rodilla con hoyuelos, como un coco amarillento, aparecía doblada y adelantada entre los pliegues medio abiertos del camisón, en la postura clásica de las modelos. [...] Rosa Klebb se había quitado las gafas y su rostro desnudo estaba ahora cargado de rímel, colorete y lápiz de labios. Parecía la puta más vieja del mundo. [...] Dio unos golpecitos en el sofá, a su lado.

—Apague la luz de arriba, querida. El interruptor está junto a la puerta. Luego venga a sentarse a mi lado. Debemos conocernos la una a la otra.³

Monstruoso y hediondo será, por lo menos desde los orígenes del cristianismo, el judío, visto que su modelo es el Anticristo, el archienemigo, el enemigo no solo nuestro sino de Dios:

Éstas son sus facciones: la cabeza es como una llama ardiente, el ojo derecho inyectado de sangre, el izquierdo de un venado felino y tiene dos pupilas, sus párpados son blancos, el labio inferior es grande, el fémur derecho es débil, los pies grandes, el pulgar aplastado y alargado.⁴

El Anticristo nacerá del pueblo de los judíos [...] de la unión de un padre y de una madre como todos los hombres, y no como se dice, de una virgen. [...] Al empezar su concepción, el diablo entrará en el útero materno, por virtud del diablo se alimentado en el vientre de la madre, y el poder del diablo siempre estará con él.⁵

Tendrá dos ojos de fuego, orejas como las de un asno, nariz y boca como un león, porque enviará a los hombres los actos más locura del más delictuoso de los fuegos y las voces más vergonzosas de la contradicción, haciendo que renieguen de Dios expandiendo en sus sentidos el hedor más horrible, destruyendo las instituciones de la Iglesia con la más feroz de las codicias. Él se reirá con maldad con un rictus enorme enseñando horribles dientes de hierro.⁶

Si el Anticristo viene del pueblo de los judíos, su modelo deberá reflejarse en la imagen del hebreo, y sea que se trate de antisemitismo popular, de antisemitismo teológico o de antisemitismo burgués o aristocrático de los siglos XVIII y XIX. Empecemos por el rostro:

Suelen tener el rostro lívido, la nariz aguileña, los ojos hundidos, la barbilla de punta y los músculos constrictores de la boca muy pronunciados. [...] Además, los judíos sufren de enfermedades que indican la corrupción de su sangre, como antaño la lepra y hoy el escorbuto, que le es afín, las escrófulas y los flujos de sangre. [...] Se dice que los judíos despiden siempre un mal olor [...]. Otros atribuyen estos efectos al uso frecuente de verduras de olor penetrante como cebolla y ajo [...]. Otros dicen que es la carne de ganso, que les gusta mucho, la que los vuelve lívidos y atrabiliarios, dado que este alimento abunda en de azúcares toscos y pegajosos.⁷

Más tarde, Wagner complicará el retrato con aspectos fonéticos y mímicos:

El judío que, como es sabido, tiene su Dios muy particular, nos sorprende primero, en la vida ordinaria, por su aspecto exterior; a cualquier nacionalidad europea que pertenezcamos, él presenta algo desagradablemente extraño a esa nacionalidad. Involuntariamente deseamos no tener nada en común con un hombre que tiene esa apariencia [...]. No podemos imaginar sobre la escena a un personaje antiguo o moderno, ya sea un héroe, ya un enamorado, representado por un judío, sin sentir involuntariamente todo lo impropio, que llega hasta el ridículo, de una tal idea [...]. Lo que nos repugna particularmente es la expresión física del acento judío. [...] Nuestro oído se ve afectado de manera extraña y desagradable por el sonido agudo, chillón, seseante y arrastrado de la pronunciación judía: un empleo de nuestra lengua nacional completamente impropio [...]. Nos obliga durante una conversación, a prestar más atención a ese cómo desagradable del hablar judío que a su qué. Hay que reconocer y retener la importancia excepcional de este hecho para explicar la impresión que nos hacen las obras musicales de los judíos modernos. Cuando oímos hablar a un judío, la ausencia de toda expresión puramente humana en su discurso nos hiere a pesar nuestro [...]. Es natural que la aridez natural de la naturaleza judía alcance su apogeo en el canto, considerado como medio de expresión más vivaz y más incuestionablemente verdadero de la sensibilidad individual; y de acuerdo con la naturaleza de las cosas deberíamos negar al judío toda capacidad artística en todos los campos del arte, y no solamente en el que tiene por base al canto.⁸

Hitler procede con mayor gracia, casi al límite de la envidia:

En los jóvenes la forma de vestir debe estar al servicio de la educación. [...] Si hoy en día la perfección corporal no estuviera relegada a segundo plano por nuestra moda desaliñada, no sería posible que centenares de millares de jovencitas fueran seducidas por repugnantes bastardos judíos con las piernas torcidas.⁹

Del rostro a las costumbres, ahí tenemos al enemigo judío matando a niños y bebiendo su sangre. Aparece muy pronto, por ejemplo, en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, donde se relata de un niño muy parecido al santo Simoncito de Trento; mientras pasa por el barrio judío cantando *O alme redemptoris mater*, lo secuestran, le cortan el pescuezo y lo tiran a un pozo.

El judío que mata a los niños y se abreva con su sangre tiene una genealogía muy compleja porque el mismo modelo preexistía en la construcción del enemigo interno al cristianismo, el hereje. No basta un solo texto:

Por la noche, cuando se encienden las velas y nosotros celebramos la Pasión, ellos conducen a una cierta casa a las jóvenes que han introducido a sus ritos secretos, apagan las lámparas porque no quieren la luz como testigo de las abominaciones que se cometerán, y desahogan su propia depravación sobre la primera que se les presenta, aunque sea su hermana o su hija. Estos convencidos, en efecto, de que les hacen algo muy grato a los demonios si quebrantan las leyes divinas que prohíben el connubio con los que tienen la misma sangre. Una vez acabado el rito, vuelven a casa y esperan que pasen nueve meses. Llegado el momento en que deberían nacer los sacrílegos hijos de la sacrílega simiente, se vuelven a congregarse en el mismo lugar. Tres días después del parto, arrancan esos miserables hijos a sus madres, cortan sus tiernos miembros con una daga afilada, recogen en copas la sangre derramada y queman a los recién nacidos cuando todavía respiran arrojándolos a una hoguera. Luego mezclan en las copas la sangre y las cenizas para obtener un horrible mejunje, con el que ensucian comidas y bebidas, a escondidas, como quienes vierten veneno en el aguamiel. Esta es su comunión.¹⁰

A veces el enemigo se percibe como distinto y feo porque es de clase inferior. En la *Ilíada*, Tersites («bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pecho, y tenía la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera», II, 212) es socialmente inferior a Agamenón o a Aquiles.

por consiguiente, envidioso de ellos. Entre Tersites y el personaje de Franti de Edmondo De Amicis hay poca diferencia, ambos son feos: Ulises golpea hasta hacerle sangre al primero y la sociedad condenará a Franti a la cadena perpetua:

Tiene a su lado a uno de rostro descarado y triste, que se llama Franti, al que ya habían expulsado de otra escuela. [...] Sólo uno podía reírse mientras Derossi hablaba de los funerales del Rey, y fue Franti. Yo lo detesto. Es malo. Cuando viene el padre a la escuela a regañar al hijo, él goza; cuando alguno llora, él ríe; atormenta a Crossi porque tiene el brazo muerto, burla de Precossi al que todos respetan, se burla hasta de Robetti, el de segundo, que camina con muletas por haber salvado un niño. Provoca a todos los más débiles que él, y cuando llega a los puños se enfurece y trata de hacer daño. Hay algo que produce aversión en esa pequeña frente, en esos ojos turbios que casi esconde bajo la visera de su boina de hule. No le teme a nada, se ríe en la cara del maestro; cuando puede, roba, niega con una cara impávida, siempre está peleando con alguien. Lleva a la escuela unas agujas para chuzar a los vecinos, se arranca botones de la chaqueta y se los arranca a los otros y juega a la apuesta; tiene morral, cuadernos y libros descosidos, rotos, sucios, la regla rota, la pluma carcomida, las uñas roídas, la ropa llena de manchas y rasgaduras que se hace en las peleas. [...] Algunas veces el maestro finge no ver sus canalladas y él lo hace peores; intentó tratarlo de buena manera y él se burló. Le dijo palabras terribles, y él se cubrió el rostro con las manos como si llorara, pero reía.¹¹

Entre los portadores de fealdad debida a su posición social están, obviamente, el delincuente nato y la prostituta; ahora bien, con la prostituta entramos en otro universo, el de la hostilidad o el del racismo sexual. Al varón que gobierna y escribe, o escribiendo gobierna, la mujer se ha representado como su enemiga desde siempre. Es más, no nos dejemos engañar por las mujeres angelicales; precisamente porque la literatura mayor está dominada por criaturas bellas y dulcísimas, el mundo de la sátira —que es en definitiva el del imaginario popular— demoniza sin cesar a la hembra, desde la Antigüedad clásica, pasando por la Edad Media, hasta los tiempos modernos. Para la Antigüedad me limito a citar a Marcial:

Cuando tienes trescientos consulados, Vetustila, y tres pelos y cuatro dientes, pecho de cigarra, piernas y color de hornigón cuando tienes una frente más arrugada que tu estola y unos pechos que parecen telarañas; [...] y tu vista alcanza lo que alcanzan las lechuzas por la mañana, y hueles a lo que los machos cabríos, y tienes la rabadilla de una ánade flaca, [...] solamente una antorcha funeraria puede penetrar en semejante coño.¹²

¿Y quién será el autor de esta cita?

La mujer es un animal imperfecto, recocado por mil pasiones desagradables y abominables solo de pensar en ellas, por hablar de razonar de ellas. [...] Ningún otro animal es menos limpio que ella: el puerco no alcanza su suciedad, ni siquiera cuando está emplastado de fango; y si acaso alguien quisiera negarlo, mírense sus partos, búsquense los lugares secretos donde ellas, avergonzándose, esconden los horribles instrumentos que emplean para quitarse sus superfluos humores.¹³

Si eso podía pensarlo Giovanni Boccaccio (en su *Corbaccio*), laico y desvergonzado, imagínense que debía de pensar y escribir un moralista medieval para afirmar el principio paulino de que mejor sería no probar jamás los placeres de la carne aunque existiera la remota posibilidad de conocerlos s

quemarse.

En el siglo X, Odón de Cluny recordaba que:

La belleza del cuerpo está solo en la piel. En efecto, si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, dotados de penetración visiva interior como los linceos de Beocia, la mera visión de las mujeres les resultaría nauseabunda: esta gracia femenina que es solo mucosidad, sangre, humor y hiel. Considerad lo que se esconde en las fosas nasales, en la garganta, el vientre: inmundicias por doquier. [...] Y a nosotros que nos repugna tocar aun con la punta de los dedos el vómito o estiércol, ¿cómo podemos desear estrechar entre nuestros brazos un simple saco de excrementos?¹⁴

De la misoginia que definiríamos «normal» se llega a la construcción de la bruja, obra maestra de la civilización moderna. Sin duda, la bruja era conocida también en la Antigüedad clásica, y me limitaré a recordar a Horacio («Yo mismo he visto a Canidia, ceñida con su capa negra, con los pies desnudos y el cabello suelto, aullar con Sagana la mayor. La palidez les había dado a ambas un aspecto horrible», *Sermones*, 8) o a las brujas del *Asno de oro* de Apuleyo. Pero tanto, en la Antigüedad como en la Edad Media se habla de brujas y brujos más que nada como referencia a creencias populares como incidentes de posesión episódicos a fin de cuentas. Roma no se sentía amenazada por las brujas en los tiempos de Horacio, y en la Edad Media aún se pensaba que, en el fondo, la brujería era un fenómeno de autosugestión, es decir, que la bruja era aquella que se creía una bruja, como recitaba en el siglo IX el *Canon episcopi*.

Algunas mujeres depravadas, votadas a Satanás y desviadas por sus ilusiones y seducciones creen y afirman cabalgar de noche ciertas bestias, en compañía de una muchedumbre de mujeres siguiendo a Diana. [...] Los sacerdotes deben predicar constantemente al pueblo de Dios que eso es absolutamente falso, y que tales fantasías no las despierta el espíritu divino en las mentes de los fieles sino el espíritu malvado. Satanás, en efecto, se transforma en ángel de la luz y toma posesión de la mente de esas mujercillas y las domina a causa de su escasa fe e incredulidad.

Por el contrario, la bruja empieza a congregarse en sectas, a celebrar sus aquelarres, a volar, a trocarse en animal, y a convertirse en enemigo social en los albores del mundo moderno, tanto que se merecieron los procesos inquisitoriales y la hoguera. No trataremos aquí el problema complejo del síndrome de la bruja, si se trata de búsqueda de un chivo expiatorio en el curso de profundas crisis sociales, o de influencias del chamanismo siberiano o de la permanencia de arquetipos eternos. Lo que nos interesa en este ámbito sigue siendo el modelo recurrente de la creación de un enemigo, modelo que es análogo al de la construcción del hereje o del judío. Y no basta con que hombres de ciencia como Gerolamo Cardano (*De rerum varietate*, XV) en el siglo XVI avanzaran sus objeciones de sentido común:

Son mujercillas de miserable condición, que malviven en los valles alimentándose de castañas y hierbas. [...] Por eso s

macilentas, deformes, tienen la tez térrea, los ojos saltones, y su mirada demuestra su temperamento melancólico y bilioso. Taciturnas y ausentes, se diferencian poco de los que están poseídos por el demonio. Son tan firmes en sus opiniones, que atender sólo a los discursos que hacen, se podría considerar verdadero lo que cuentan con tanta convicción, hechos que no han producido jamás ni jamás se producirán.

Las nuevas oleadas de persecución empiezan con los leprosos. Carlo Ginzburg recuerda que en 1320 los quemaron en toda Francia porque intentaron matar a la población envenenando aguas, manantiales y pozos: «Las mujeres leprosas que hubieran confesado el crimen, espontáneamente o por efecto de tortura, debían ser quemadas, a menos que estuvieran embarazadas; si lo estaban, habían de permanecer separadas hasta el parto y el destete del niño y ser posteriormente quemadas».

No resulta difícil identificar aquí las raíces de los procesos a los que contagiaban la peste, a los manzonianos *untadores*. Ahora bien, el otro aspecto de la persecución citada por Ginzburg es que automáticamente a los untadores leprosos se los relacionaba con los judíos y los sarracenos. Varias crónicas referían voces según las cuales los judíos eran cómplices de los leprosos y por ello a muchos se los quemaba con ellos: «El populacho se tomaba la justicia por su mano, sin llamar ni al preboste ni al bailío: encerraban a la gente en su casa, junto con el ganado y los muebles, y los quemaban».¹⁵

Uno de los jefes de los leprosos habría confesado haber sido corrompido con dinero por un judío que le entregó un veneno (hecho con sangre humana, orina, tres hierbas y hostia consagrada) dentro de bolsitas provistas de pesos para que se hundieran más fácilmente en los manantiales; pero el que había dado el encargo a los judíos fue el rey de Granada, y otra fuente sumaba a la conjura también al sultán de Babilonia. De esta forma, con un solo golpe se reunían tres tipos de enemigo tradicional: el leproso, el judío y el sarraceno. La remisión al cuarto enemigo, el hereje, lo proporcionaba el detalle de que los leprosos convocados tenían que escupir sobre la hostia y pisotear la cruz.

Más tarde, rituales de ese tipo serán practicados por las brujas. Si en el siglo XIV aparecieron los primeros manuales para el proceso inquisitorial que apuntaba a los herejes, como la *Practica inquisitionis hereticae pravitatis* de Bernardo Gui o el *Directorium Inquisitorum* de Nicolò Aymerich, en el siglo XV (mientras en Florencia Marsilio Ficino traduce a Platón por encargo de Cosme de Médicis y según una conocida parodia goliardesca los seres humanos se disponían a cantar «che sollievo, che sollievo – siamo fuor dal Medioevo» (qué alivio, qué alivio, de la Edad Media hemos salido), entre 1435 y 1437 aparece (se publica posteriormente en 1473) el *Formicarius* de Nider, donde por primera vez se habla de las distintas prácticas de brujería en sentido moderno. En la bula *Summis desiderantes affectibus*, de 1484, Inocencio VIII escribía:

En los últimos tiempos llegó a Nuestros oídos, no sin afligirnos con la más amarga pena, la noticia de que en algunas partes de Alemania [...] muchas personas de uno y otro sexo, despreocupadas de su salvación y apartadas de la Fe Católica, abandonaron a demonios, íncubos y súcubos, y con sus encantamientos, hechizos, conjuraciones y otros execrables embrujamientos y artificios, enormidades y horrendas ofensas, han matado niños que estaban aún en el útero materno, lo cual también hicieron con las crías de los ganados; que arruinaron los productos de la tierra, las uvas de la vid, los frutos de los árboles. [...] E

cuanto Nos, como es Nuestro deber, Nos sentimos profundamente deseosos de [...] aplicar potentes remedios para impedir ~~que la enfermedad de la herejía y otras infamias den su ponzoña para destrucción de muchas almas inocentes, [...] decretamos~~ y mandamos que los mencionados Inquisidores [Sprenger y Kramer] tengan poderes para proceder a la corrección, encarcelamiento y castigo justos de cualesquiera personas.

Y, en efecto, inspirándose también en el *Formicarius*, Sprenger y Kramer publicarían en 1486 infame *Malleus maleficarum* (*El martillo de las brujas*).

Cómo se construía una bruja nos lo dicen (un ejemplo entre miles) los autos del proceso inquisitorial contra Antonia de la parroquia de Saint-Jorioz, diócesis de Ginebra, en 1477:

La acusada, habiendo abandonado a su marido y a su hija, se llegó con Masset al lugar denominado «laz Perroy» junto a un torrente [...] donde se celebraba una sinagoga de herejes, y donde halló a numerosos hombres y mujeres, que allá cortejaban, danzaban y bailaban hacia atrás. Le mostró entonces un demonio, llamado Robinet, que tenía el aspecto de un hombre negro, diciendo: «Éste es nuestro maestro, al que debemos rendir homenaje, si quieres conseguir lo que deseas». La acusada le preguntó cómo debía proceder [...] y el mencionado Masset le contestó: «Renegarás de Dios tu creador, y de la fe católica y de esa rufiana de la Virgen María y aceptarás como señor y maestro tuyo a este demonio llamado Robinet y harás a su manera todo lo que él quiera [...]». Oídas estas palabras, la acusada empezó a entristecerse y se negó a hacerlo de buenas a primeras. Pero al final renegó de Dios su creador diciendo: «Yo reniego de Dios mi creador y de la fe católica y de la Santa Cruz, y te acepto a ti, demonio Robinet, como mi señor y maestro». Y rindió homenaje al demonio besándole el pie. [...] Luego, en menosprecio de Dios, arrojó al suelo y pisoteó con el pie izquierdo hasta romperla una cruz de madera.

[...] Se hizo transportar sobre un bastón de un pie y medio de largo; para ir a las sinagogas, la acusada debía untarlo con un ungüento contenido en un copón, que estaba lleno, y colocárselo entre las piernas diciendo: «¡Adelante, ve adonde el diablo quiere!» e inmediatamente era transportada por el aire con un movimiento rápido, hasta el lugar de la sinagoga. Confiesa también que en ese lugar comieron pan y carnes: bebieron vino y volvieron a bailar; entonces, habiéndose transformado el susodicho demonio, su maestro, en un perro negro, lo honraron y reverenciaron, besándolo en el trasero; por último, el demonio, habiendo apagado el fuego que allá resplandecía de llamas verdes que iluminaban la sinagoga, exclamó con gran voz: «¡Mecllet! ¡Mecllet!» y a ese grito yacieron animalmente los hombres con las mujeres y la acusada con el susodicho Masset. Garin.¹⁶

Esta declaración, con los varios detalles del escupitajo a la cruz y del beso en el ano, recuerda casi literalmente las declaraciones del proceso de los templarios que se había producido siglo y medio antes. Lo que llama la atención es que no solo los inquisidores de este proceso del siglo XV estaban guiados, a la hora de plantear sus preguntas y alegatos, por lo que han leído en los procesos anteriores sino que, en todos estos casos, la víctima, al final de un interrogatorio, que se considera bastante denso, se convence de los cargos que se le imputan. En los procesos de brujería no solo se construye una imagen del enemigo, y no solo la víctima al final confiesa incluso lo que no ha hecho, sino que al confesarlo se convence de haberlo hecho. Recordarán que un procedimiento análogo se relata en *El cero y el infinito* (1941) de Koestler, y que también en los procesos estalinistas primero se construía una imagen del enemigo y luego se convencía a la víctima de que se reconociera en esa imagen.

La construcción del enemigo induce a convertirse en tal también a quienes aspirarían a un reconocimiento benévolo. Teatro y narrativa nos muestran ejemplos de «patitos feos» que

despreciados por sus semejantes, se adecuan a la imagen que se tiene de ellos. Como ejemplo típico citaríamos *Ricardo III*:

Mas yo, que no nací para estas travesuras,
ni estoy hecho para cortejar a un amoroso espejo [...];
yo, que estoy privado de bellas proporciones,
y traicionado en mis rasgos por falaz naturaleza,
deforme, inconcluso y enviado antes de tiempo
a este mundo viviente, a medio hacer apenas,
y además tan cojo y tan falto de garbo
que los perros me ladran cuando me detengo;
pues yo, [...] no hallo otro gusto para matar el tiempo,
que espiar mi sombra dibujada al sol
mientras sobre mi deformidad voy discurriendo;
y puesto que no puedo probarme como amante, [...]
he determinado probarme cual villano.¹⁷

Al parecer no podemos pasarnos sin el enemigo. La figura del enemigo no puede ser abolida por los procesos de civilización. La necesidad es connatural también al hombre manso y amigo de la paz. Sencillamente, en estos casos, se desplaza la imagen del enemigo de un objeto humano a una fuerza natural o social que de alguna forma nos amenaza y que debe ser doblegada, ya sea la explotación capitalista, la contaminación ambiental o el hambre en el Tercer Mundo. Ahora bien, aun siendo estos casos virtuosos, como nos recuerda Brecht, también el odio hacia la injusticia desencaja el rostro.

Así pues, ¿la ética es impotente ante la necesidad ancestral de tener enemigos? Yo diría que la instancia ética sobreviene no cuando fingimos que no hay enemigos, sino cuando se intenta entenderlos, ponerse en su lugar. No hay en Esquilo rencor hacia los persas, cuya tragedia vive entre ellos y desde su punto de vista. César trata a los galos con mucho respeto; a lo sumo, hace que resulten un poco lloricas cada vez que se rinden, y Tácito admira a los germanos, puesto que tienen una hermosa complexión y se limita a deplorar su suciedad y su reluctancia a llevar a cabo trabajos pesados porque no soportan ni el calor ni la sed.

Intentar entender al otro significa destruir los clichés que lo rodean, sin negar ni borrar su alteridad. Pero seamos realistas. Estas formas de comprensión del enemigo son propias de los poetas, de los santos y de los traidores. Nuestras pulsiones más profundas son de un orden muy diferente. En 1968 publicó en Estados Unidos un *Informe secreto de Iron Mountain sobre la posibilidad y conveniencia de la paz*, de autor anónimo (alguien incluso llegó a atribuírselo a Galbraith).¹⁸ Claramente, se trata de un panfleto contra la guerra, o por lo menos de un lamento pesimista sobre su inevitabilidad. Pues bien, puesto que para hacer la guerra se necesita a un enemigo con quien luchar, el carácter ineluctable de la guerra se corresponde con lo ineluctable de la elección y construcción del enemigo. De este modo, con extrema seriedad, en ese panfleto se observaba que la reconversión de toda la sociedad

norteamericana a una situación de paz sería desastrosa porque solo la guerra es el fundamento del desarrollo armónico de las sociedades humanas. Su despilfarro organizado constituye la válvula que regula la buena marcha de la sociedad. La guerra resuelve el problema de los suministros; es un acicate. La guerra permite que una comunidad se reconozca como «nación»; sin el contrapeso de la guerra, un gobierno no podría establecer ni siquiera la esfera de su misma legitimidad; solo la guerra asegura el equilibrio entre las clases y permite colocar y explotar a los elementos antisociales. La paz produce inestabilidad y delincuencia juvenil; la guerra encauza de la mejor manera todas las fuerzas turbulentas dándoles un «estatus». El ejército es la última esperanza de los desheredados y de los inadaptados; solo el sistema de la guerra, con su poder de vida y muerte, predispone a las sociedades a pagar un precio de sangre también por instituciones que no dependen de ella, como el desarrollo del automóvil. Ecológicamente, la guerra nos dota de una válvula de escape para las vidas de excedencia; y, si hasta el siglo XIX morían en la guerra solo los miembros más valiosos del cuerpo social (los guerreros), y se salvaban los ineptos, los sistemas actuales han permitido superar este problema con los bombardeos sobre poblaciones civiles. El bombardeo limita el aumento de la población mejor que el infanticidio ritual, la castidad religiosa, la mutilación forzada o el uso extensivo de la pena de muerte... Por último, solo la guerra permite el desarrollo de un arte verdaderamente «humanista», en el que predominen las situaciones de conflicto.

Así pues, la construcción del enemigo debe ser intensiva y constante. George Orwell en *1984* nos ofrece un modelo verdaderamente ejemplar:

Un momento después se oyó un espantoso chirrido, como de una monstruosa máquina sin engrasar, ruido que procedía de la gran telepantalla situada al fondo de la habitación. Era un ruido que le hacía rechinar a uno los dientes y que ponía los pelos de punta. Había empezado el Odio.

Como de costumbre, apareció en la pantalla el rostro de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo. Del público salieron aquí y allá fuertes silbidos. La mujeruca del pelo arenoso dio un chillido mezcla de miedo y asco. Goldstein era el renegado que hacía mucho tiempo (nadie podía recordar cuánto) había sido una de las figuras principales del Partido, casi con la misma importancia que el Gran Hermano, y luego se había dedicado a actividades contrarrevolucionarias, había sido condenado a muerte y se había escapado misteriosamente, desapareciendo para siempre. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban cada día, pero en ninguno de ellos dejaba de ser Goldstein el protagonista. Era el traidor por excelencia, el que ante y más que nadie había manchado la pureza del Partido. Todos los subsiguientes crímenes contra el Partido, todos los actos de sabotaje, herejías, desviaciones y traiciones de toda clase procedían directamente de sus enseñanzas. En cierto modo, seguía vivo y conspirando. [...]

El diafragma de Winston se encogió. Nunca podía ver la cara de Goldstein sin experimentar una penosa mezcla de emociones. Era un rostro judío, delgado, con una aureola de pelo blanco y una barbita de chivo: una cara inteligente que tenía, sin embargo, algo de despreciable y una especie de tontería senil que le prestaba su larga nariz, a cuyo extremo sostenían en difícil equilibrio unas gafas. Parecía el rostro de una oveja y su misma voz tenía algo de ovejuna. Goldstein pronunciaba su habitual discurso en el que atacaba venenosamente las doctrinas del Partido; [...] pedía que se firmara inmediatamente la paz con Eurasia. Abogaba por la libertad de palabra, la libertad de Prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento, gritando histéricamente que la revolución había sido traicionada. [...]

Antes de que el Odio hubiera durado treinta segundos, la mitad de los espectadores lanzaban incontenibles exclamaciones de rabia. [...] En su segundo minuto, el odio llegó al frenesí. Los espectadores saltaban y gritaban enfurecidos tratando de apagar con sus gritos la perforante voz que salía de la pantalla.

La mujer del cabello color arena se había puesto al rojo vivo y abría y cerraba la boca como un pez al que acaban de sacar en tierra. [...] La joven sentada exactamente detrás de Winston, aquella morena, había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!» y, de pronto, cogiendo un pesado diccionario de neolengua, lo arrojó a la pantalla. El diccionario le dio a Goldstein en la nariz y rebotó. Pero la voz continuó inexorable. En un momento de lucidez descubrió Winston que estaba chillando históricamente como los demás y dando fuertes patadas con los talones contra los palos de su propia silla. Lo horrible de *Dos Minutos de Odio* no era el que cada uno tuviera que desempeñar allí un papel sino, al contrario, que era absolutamente imposible evitar la participación porque uno era arrastrado irremisiblemente. [...] Un éxtasis de miedo y venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar rostros con un martillo, parecían recorrer a todos los presentes como una corriente eléctrica convirtiéndole a uno, incluso contra su voluntad, en un loco gesticulador y vociferante.¹⁹

No es necesario alcanzar los delirios de *1984* para reconocernos como seres que necesitan a un enemigo. Estamos viendo lo que puede el miedo de los nuevos flujos migratorios. Ampliando a toda una etnia las características de algunos de sus miembros que viven en una situación de marginación se está construyendo hoy en día, en Italia, la imagen del enemigo rumano, chivo expiatorio ideal para una sociedad que, arrollada por un proceso de transformación también étnica, ya no consigue reconocerse.

La visión más pesimista al respecto es la de Sartre en *A puerta cerrada*. Por una parte, podemos reconocernos a nosotros mismos solo en presencia de Otro, y sobre este principio se rigen las reglas de convivencia y docilidad. Pero, más a menudo, encontramos a ese Otro insoportable porque de alguna manera no es nosotros. De modo que, reduciéndolo a enemigo, nos construimos nuestro infierno en la tierra. Cuando Sartre encierra a tres difuntos, que en vida no se conocían, en una habitación de hotel, uno de ellos entiende la tremenda verdad:

Ya verán qué tontería. ¡Una verdadera tontería! No hay tortura física, ¿verdad? Y, sin embargo, estamos en el infierno. Y no hay nadie. Nadie. Nos quedaremos hasta el fin solos y juntos. ¿No es así? En suma, alguien falta aquí: el verdugo. [...] Hecho una economía personal. Eso es todo. [...] El verdugo es cada uno para los otros dos.²⁰

[Conferencia dictada en la Universidad de Bolonia el 15 de mayo de 2008 en el marco de las veladas sobre los clásicos y publicada en Ivano Dionigi (ed.), *Elogio del político*, Milán, BUR, 2009.]

Si han decidido venir aquí esta tarde, a pesar del título terrorífico de mi charla, quiere decir que están preparados para todo, aunque una lección seria sobre los conceptos de absoluto y relativo deberían durar por lo menos dos mil quinientos años, tanto como el debate real. Me hallo aquí porque la Milanesiana de este año está dedicada a los «Conflictos de lo absoluto», y naturalmente me he preguntado qué se entendía con este término. Es la pregunta más elemental que un filósofo del arte debería plantear.

Como no estaba presente en los demás acontecimientos de La Milanesiana, he ido a buscar en Internet imágenes de artistas que se remiten a lo absoluto, y me he topado con una *Recherche de l'absolu* de Magritte con otras obras cuyo autor no es importante recordar, como *La pintura de lo absoluto*, *Quête d'absolu*, *Alla ricerca dell'Assoluto*, *Marcheur d'Absolu*, con varias imágenes publicitarias, como la de el vodka Absolut. Parece ser que lo absoluto vende bien.

Además, la noción de absoluto me ha recordado uno de sus opuestos, es decir, la noción de relativo, que se ha puesto bastante de moda desde que eclesiásticos de máximos niveles e incluso pensadores laicos han dado inicio a una campaña contra el así llamado relativismo, con lo que «relativismo» se ha convertido en un término denigratorio usado con finalidades casi terroristas, tal como hace Silvio Berlusconi con la palabra «comunismo». Aquí, por lo tanto, me limitaré a no aclararles sino confundirles las ideas, intentando sugerirles cómo cada uno de estos términos significa —según las circunstancias y los contextos— cosas muy distintas entre sí, y cómo, por consiguiente, no deben usarse como bates de béisbol.

Según los diccionarios de filosofía, absoluto sería todo lo que es *ab solutus*, desligado de ataduras y límites, algo que no depende de nada, que tiene su propia razón, causa y explicación en sí mismo. Algo, pues, muy parecido a Dios, en el sentido en que Dios se definía «Yo soy quien soy» («Ego sum qui sum»), con respecto al cual todo lo demás es contingente, es decir, no tiene la propia causa en sí mismo y —aunque existiera por accidente— podría perfectamente no existir, o dejar de existir mañana, como le sucede al sistema solar o a cada uno de nosotros.

Al ser nosotros seres contingentes, y por ello destinados a morir, tenemos una desesperada necesidad de pensar que podemos anclarnos a algo que no perece, esto es, a un absoluto. Ahora bien, este absoluto puede ser trascendente, como la divinidad bíblica, o inmanente. Aun sin hablar de Spinoza o de Bruno, con los filósofos idealistas también nosotros entramos a formar parte de lo absoluto, porque lo absoluto sería (por ejemplo, en Schelling) la unidad indisoluble del sujeto que conoce y de lo que antaño se consideraba ajeno al sujeto, como la naturaleza, o el mundo. En

absoluto nos identificamos con Dios, formamos parte de algo que todavía no se ha cumplido cabalmente: proceso, desarrollo, crecimiento infinito e infinita autodefinición. Así las cosas, nosotros jamás podremos ni definir ni conocer lo absoluto porque formamos parte de él, e intentar concebirlo sería hacer como el barón de Münchhausen que salía del pantano tirándose de los pelos.

La alternativa es, entonces, pensar en lo absoluto como algo que nosotros no somos y que está en algún otro lugar, sin depender de nosotros, como el Dios de Aristóteles que se piensa a sí mismo pensante y que, como quería Joyce en el *Dedalus*, «permanece dentro, o detrás, o más allá, o por encima de su obra, transfundido, evaporado de la existencia... indiferente... entretenido en arreglar las uñas». En efecto, en el siglo xv Nicolás de Cusa en *De docta ignorantia* ya decía: «Deus est absolutus».

Ahora bien, para el de Cusa, en cuanto absoluto, Dios nunca es plenamente aprehensible. La relación entre nuestro conocimiento y Dios es la misma que se instaure entre un polígono inscrito y la circunferencia en la que se halla inscrito: a medida que se van multiplicando los lados del polígono nos acercamos cada vez más a la circunferencia, pero el polígono y la circunferencia nunca serán iguales. Decía Nicolás de Cusa que Dios es como un círculo cuyo centro está por doquier y cuya circunferencia no está en ningún lugar.

¿Se puede pensar en un círculo con el centro por doquier y la circunferencia en ninguna parte? Evidentemente no. Con todo, podemos mencionarlo, y es lo que estamos haciendo en este momento, cada uno de ustedes entiende que estoy hablando de algo que tiene que ver con la geometría, salvo que es geoméricamente imposible e inconcebible. Así pues, hay una diferencia entre poder concebir o no concebir algo y poderlo mencionar atribuyéndole algún significado.

¿Qué quiere decir usar una palabra y atribuirle un significado? Quiere decir muchas cosas:

A. Poseer instrucciones para reconocer el eventual objeto, situación o acontecimiento. Por ejemplo, forman parte del significado de las palabras «perro» o «tropezar» una serie de descripciones, también en forma de imágenes, que nos permiten reconocer un perro y distinguirlo de un gato, y distinguir la acción de tropezar de la de saltar.

B. Disponer de una definición y/o clasificación. Se dan definiciones y clasificaciones del perro pero también de acontecimientos o situaciones como «homicidio involuntario», distinguiéndolo del «homicidio preterintencional».

C. Conocer, con respecto a una determinada entidad, otras propiedades, denominadas factuales enciclopédicas. Por ejemplo, con respecto al perro, sabemos que es fiel, es bueno para cazar o para hacer guardia; del homicidio involuntario sabemos que según el código puede llevar a una determinada condena, etcétera.

D. Posiblemente, poseer instrucciones sobre cómo producir el objeto o el acontecimiento correspondiente. Conozco el significado del término «jarrón» porque, aun no siendo un alfarero,

cómo debería producirse un jarrón; y lo mismo sucede con los términos «decapitación» o «ácido sulfúrico». En cambio, para el término «cerebro» conozco los significados A y B, algunas de sus propiedades C, pero no sé cómo podría producirlo.

Un magnífico caso en el que conozco las propiedades A, B, C y D lo propone C. S. Peirce, al definir el litio de este modo:

Si miras en un libro de texto de química la definición de *litio*, te puede decir que es un elemento cuyo peso atómico es cerca de 7. Pero si el autor tiene una mente más lógica te dirá que si buscas entre los minerales vítreos, translúcidos, grises o blancos, muy duros, quebradizos e insolubles, uno que le dé un matiz carmesí a una llama sin luz, triturando este mineral con cal o con veneno para ratas y fundiéndolo, puede disolverse en parte en ácido muriático; y si esta solución se evapora, y se extrae el residuo con ácido sulfúrico, y se purifica debidamente, puede transformarse, por medio de métodos ordinarios, en un clorido que al ser obtenido en estado sólido, fundido y electrolizado con media docena de células energéticas, producirá un glóbulo de un metal plateado de color rosáceo que flotará en gasolina; y el material de eso es un espécimen de litio. La peculiaridad de esta definición —o más bien este precepto que es más útil que una definición— es que te dice qué denota la palabra litio y prescribir lo que has de *hacer* para obtener una familiaridad perceptual con el objeto de la palabra.¹

Se trata de un buen ejemplo de representación completa y satisfactoria del significado de un término. Ahora bien, otras expresiones, en cambio, tienen significados nebulosos e imprecisos —siguen gradando de claridad decreciente—. Por ejemplo, también la expresión «el número par más alto» tiene un significado, tanto es así que ya sabemos que debería tener la propiedad de ser divisible por dos (y, por lo tanto, seríamos capaces de distinguirlo del número impar más alto), poseemos incluso una vaga instrucción para su producción, en el sentido de que podemos imaginar que contamos números cada vez más altos, separando los impares de los pares..., lo único es que nos damos cuenta de que nunca llegaremos nunca a él, como si en un sueño notáramos que podemos aferrar algo sin conseguirlo. En cambio, una expresión como «círculo con el centro por doquier y la circunferencia en ninguna parte» no sugiere ninguna regla para producir un objeto correspondiente, no solo no soporta definición alguna sino que frustra cualquier esfuerzo por nuestra parte por imaginarlo, excepto provocarnos una sensación de vértigo. En definitiva, una expresión como absoluto tiene una definición tautológica (absoluto lo que no es contingente, y es contingente lo que no es absoluto), pero aun así no sugiere descripciones, definiciones y clasificaciones; no podemos pensar en instrucciones para producir algo correspondiente, no conocemos ninguna de sus propiedades excepto suponer que las tiene todas y con toda probabilidad ese *id cuius nihil majus cogitari possit* del que hablaba san Anselmo de Aosta —se me ocurre la frase atribuida a Rubinstein: «¿Que si creo en Dios? No, yo creo en algo muchísimo mayor»). Lo que conseguimos imaginar, a lo sumo, al intentar concebirlo es la clásica noche en la que todos los toros son negros.

Es verdad que es posible no solo mencionar sino también representar de forma visiva lo que no podemos concebir. Pero estas imágenes no representan lo inconcebible: sencillamente nos invitan a intentar imaginar algo inconcebible, y luego frustran nuestras expectativas. Lo que se capta al intentar

entenderlas es precisamente la sensación de impotencia que expresaba Dante en el último canto de *Paraíso* (XXXIII, vv. 82-96) cuando desea decirnos qué es lo que vio en el momento en que pudo fijar la mirada en la divinidad, pero no consigue decirnos sino que no consigue decirlo, y echa mano de una metáfora fascinante de un libro con infinitas páginas:

Oh abbondante grazia ond'io presunsi
ficcar lo viso per la luce etterna,
tanto che la veduta vi consunsi!
Nel suo profondo vidi che s'interna
legato con amore in un volume,
ciò che per l'universo si squaderna:
sustanze e accidenti e lor costume,
quasi conflati insieme, per tal modo
che ciò ch'i' dico è un semplice lume.
La forma universal di questo nodo
credo ch'i' vidi, perché più di largo,
dicendo questo, mi sento ch'i' godo.
Un punto solo m'è maggior letargo
che venticinque secoli a la 'mpresa,
che fé Nettuno ammirar l'ombra d'Argo.²

Y no es distinta la sensación de impotencia que expresa Leopardi cuando quiere hablarnos del infinito («Così tra questa / immensità s'annega il pensier mio: / e il naufragar m'è dolce in questo mare»).3

Y precisamente por eso, en esta serie de conferencias se ha visto a los artistas hablar de lo absoluto. Ya el Pseudo-Dionisio Areopagita recordaba que, puesto que la unidad divina está tan lejos de nosotros que no puede ni ser comprendida ni aprehendida, se debe hablar de ella mediante metáforas y alusiones, y, sobre todo, para hacer evidente la escasez de nuestro discurso, mediante símbolos negativos, expresiones dispares:

Otras veces incluso se valen de lo menos apreciado, como «ungüento oloroso», como «piedra angular». Incluso se le aplican a Dios las figuras de las fieras y se le atribuyen las propiedades del león y de la pantera, y dicen que es un leopardo y un devorador. Hay que añadir, además de esto, lo que parece más abyecto de todo y más inverosímil, pues los expertos en cosas divinas han transmitido incluso que Dios mismo se ha aplicado a sí mismo la forma de gusano.⁴

Algunos filósofos ingenuos han avanzado la propuesta de que solo los poetas saben decirnos qué es ser o lo absoluto, pero de hecho, los poetas solo expresan lo indefinido. Era la poética de Mallarmé que se pasó la vida intentando enunciar una «explicación órfica de la tierra»:

Digo: ¡una flor! y, fuera del olvido al que mi voz relega todo contorno, en tanto que alguna cosa distinta que los cálidos consabidos, musicalmente se eleva, idea misma y suave, la ausente de todos los ramos.⁵

En realidad, este texto es intraducible, y nos dice solamente que se menciona una palabra, aislada en un espacio blanco que la rodea, y de ella debe brotar la totalidad de lo no dicho, pero en forma de una ausencia. En efecto:

Nombrar un objeto equivale a suprimir tres cuartos del poder de la poesía, plasmada por la felicidad de ir adivinando poco a poco: sugerir, ése es el sueño.⁶

Toda la vida de Mallarmé sigue el surco de este sueño que es, al mismo tiempo, el surco de un jaque. Un jaque que Dante aceptó desde el principio, entendiendo que se trataba de orgullo luciferino. Pretender expresar de forma finita lo infinito, y evitó el jaque a la poesía precisamente haciendo poesía del jaque, que no es poesía que quiere decir lo indecible sino poesía de la imposibilidad de decirlo. Reflexionen sobre el hecho de que Dante (como, por otra parte, el Pseudo-Dionisio Areopagita y Nicolás de Cusa) era creyente. ¿Se puede creer en un absoluto y afirmar que es impensable e indefinible? Claro que sí, si se acepta que al imposible pensamiento de lo absoluto se sustituye el sentimiento de lo absoluto y, por lo tanto, la fe, como «sustanzia di cose sperate / ed argomento del non parventi».⁷ Elie Wiesel, en el curso de estas conferencias, ha recordado las palabras de Kafka por las que es posible hablar con Dios, pero no de Dios. Si lo absoluto es filosóficamente una noche en la que todos los toros son negros, para el místico que, como Juan de la Cruz, lo percibe como «Noche oscura» («¡Oh noche que me guiaste!, / ¡oh noche amable más que el alborada!»), lo absoluto es fuente de emociones inefables. Juan de la Cruz expresa su experiencia mística mediante la poesía. Ante lo indecible de lo absoluto, puede presentárenos como una garantía el hecho de que esta tensión insatisfecha pueda resolverse materialmente en una forma cabal. Lo que, en su *Oda sobre una urna griega*, le permitía ver a Keats la belleza como sustituta de la experiencia de lo absoluto:

La belleza es verdad y la verdad belleza. Tal es cuanto sobre la tierra conocéis, cuanto necesitáis conocer.

Esto está bien para los que han decidido practicar una religión estética. Pero Juan de la Cruz no habría dicho que, en realidad, era solo su experiencia mística de lo absoluto la que le garantizaba la única verdad posible. De ahí la persuasión de muchos hombres de fe, convencidos de que esas filosofías que niegan la posibilidad de conocer lo absoluto automáticamente niegan todo criterio de verdad o, al negar que haya un criterio absoluto de verdad, niegan la posibilidad de poder experimentar lo absoluto. Ahora bien, una cosa es decir que una filosofía niega la posibilidad de conocer lo absoluto y otra es decir que esa filosofía niega todo criterio de verdad, también para lo que atañe al mundo contingente. ¿Verdad y experiencia de lo absoluto son, pues, tan inseparables?

La confianza en que hay algo verdadero es fundamental para la supervivencia de los seres humanos.

Si nosotros no pensáramos que, cuando nos hablan, los demás nos dicen o la verdad o la mentira, no sería posible una vida asociada, pues ni siquiera podríamos confiar en que, si en un envase por «Aspirina», podemos excluir que se trata de estircnina.

Una teoría especular de la verdad es aquella por la cual la verdad es *adaequatio rei et intellectus* como si nuestra mente fuera un espejo que debe reflejar fielmente las cosas tal como están, siempre que el espejo funcione bien y no sea ni deformante ni esté empañado. Es la teoría que sostiene, por ejemplo, santo Tomás, pero también el Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo* (1909), y pues que Tomás no podía ser leninista, debería subseguirse que Lenin en filosofía era un neotomista naturalmente sin saberlo. En realidad, salvo en estados extáticos, estamos obligados a hablar y a decir lo que refleja nuestro intelecto. Sin embargo, definimos como verdaderas (o falsas) no las cosas sino las aseveraciones que hacemos sobre cómo están las cosas. La célebre definición de Tarski dice que un enunciado «La nieve es blanca» es verdadero solo si la nieve es blanca. Ahora, pasemos por alto la blancura de la nieve, que se volverá cada vez más discutible, y consideremos otro ejemplo: un enunciado «Está lloviendo» (entre comillas) es verdadero solo si fuera está lloviendo (sin comillas).

La primera parte de la definición (la que está entre comillas) es un enunciado verbal y no representa sino a sí mismo, pero la segunda parte debería expresar cómo están las cosas de hecho. Sin embargo, lo que debería ser un estado de cosas se expresa, de nuevo, con palabras. Para evitar esta mediación lingüística deberíamos decir que «Está lloviendo» (entre comillas) es verdadero si [existe] eso (y si no decir nada indicáramos la lluvia que cae). Ahora bien, si nos parece posible llevar a cabo este recurso deíctico de la evidencia de los sentidos con la lluvia, sería más difícil hacerlo con el enunciado «La Tierra gira alrededor del Sol» (porque, si acaso, los sentidos nos dirían precisamente lo contrario).

Para establecer si el enunciado corresponde a un estado de cosas, hay que haber interpretado el término «llover» y haber estipulado su definición. Hay que haber establecido que: para hablar de lluvia no basta con notar gotas de agua que caen desde arriba (porque podría tratarse de alguien que está regando las flores de un balcón); que las gotas tienen que tener un determinado tamaño y caudal (de otro modo, hablaríamos de rocío o de escarcha); que la sensación debe ser continua (de otro modo diríamos que ha habido un atisbo de lluvia inmediatamente abortado), y así en adelante. Habiendo estipulado esto, debemos pasar sucesivamente a una comprobación empírica, que en el caso de la lluvia está a disposición de todos (basta con tender la mano y confiar en los propios sentidos).

Ahora bien, en el caso del enunciado «La Tierra gira alrededor del Sol», los procedimientos de comprobación son más complicados. ¿Qué sentido adopta la palabra «verdadero» en cada uno de los enunciados que siguen?

1. Me duele la tripa
2. Esta noche he soñado que se me aparecía el padre Pío.
3. Mañana lloverá con certeza.

4. El mundo se acabará en 2536.
 5. Hay una vida después de la muerte.
-

Los enunciados 1 y 2 expresan una evidencia subjetiva, pero el dolor de tripa es una sensación evidente e ineliminable, mientras que podría no estar seguro de mis recuerdos al recordar un sueño de la noche antes. Además, los dos enunciados no pueden ser comprobados de inmediato por otras personas. Sin duda, un médico que quiera entender si de verdad tengo una colitis o soy un hipocondríaco tendría algunos instrumentos de control, pero mayores dificultades tendría un psicoanalista al que le dijera que he soñado con el padre Pío, porque podría mentirle tranquilamente.

Las afirmaciones 3, 4 y 5 no se pueden comprobar inmediatamente. Que mañana lloverá puede ser comprobado mañana, mientras que el mundo se acabe en 2536 nos plantearía algún que otro problema (y este es el motivo por el que distinguimos la credibilidad de un meteorólogo de la de un profeta). La diferencia entre 4 y 5 es que la afirmación 4 se volverá verdadera o falsa por lo menos en 2536, mientras que la 5 seguirá siendo empíricamente indecidible *per saecula saeculorum*.

6. Todos los ángulos rectos tienen necesariamente 90 grados.
7. El agua hierve siempre a 100 grados.
8. La manzana es una angiosperma.
9. Napoleón murió el 5 de mayo de 1821.
10. Se llega a la costa siguiendo el curso del Sol.
11. Jesús es el Hijo de Dios.
12. La recta interpretación de las Sagradas Escrituras está definida por el magisterio de la Iglesia.
13. Los embriones son ya seres humanos y tienen alma.

Algunos de estos enunciados son verdaderos o falsos en relación con reglas que nos hemos dado: un ángulo recto tiene noventa grados solo en el ámbito de los postulados euclidianos; el agua hierve a cien grados es verdadero solo si damos crédito a una ley física elaborada por generalización inductiva, pero también sobre la base de la definición de grado centígrado; una manzana es una angiosperma solo sobre la base de algunas reglas de clasificación botánica.

Otros enunciados prevén la confianza en comprobaciones llevadas a cabo por otros antes que nosotros: creemos que es verdad que Napoleón murió el 5 de mayo de 1821 porque aceptamos lo que nos dicen los libros de historia, pero siempre tenemos que admitir la posibilidad de que un documento inédito descubierto un mañana en los archivos del Almirantazgo británico atestigüe que murió en otra fecha. A veces, por razones utilitarias, adoptamos como verdadera una idea que sabemos que es falsa: por ejemplo, para orientarnos en el desierto, nos comportamos como si fuera verdad que el Sol se mueve de este a oeste.

sample content of Construir al enemigo (Endebate)

- [read online Perfect Phrases for Letters of Recommendation \(Perfect Phrases Series\)](#)
- [Chthon \(Aton, Book 1\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [Yoga and the Quest for the True Self pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [read online Quick & Easy Wedding Cakes pdf, azw \(kindle\), epub](#)

- <http://nautickim.es/books/The-Last-Treasure.pdf>
- <http://creativebeard.ru/freebooks/Chthon--Aton--Book-1-.pdf>
- <http://www.uverp.it/library/The-Art-of-Community--Building-the-New-Age-of-Participation.pdf>
- <http://www.uverp.it/library/The-Journey-of-Robert-Monroe--From-Out-of-Body-Explorer-to-Consciousness-Pioneer.pdf>